

En la muerte de Ignacio Ramírez¹

Señores:

A labios más dignos y a un espíritu más sereno, pudo la Suprema Corte de Justicia confiar el difícil encargo de relatar los grandes, los inmensos servicios que prestó a la humanidad, a la libertad y a la ciencia, el grande hombre cuya muerte lamenta hoy la patria. Pero lo confió a los míos, juzgando quizá que yo desempeñaría este deber con la religiosa satisfacción con que el creyente del primer siglo de nuestra era relataba, en el silencio de las catacumbas y en las horas solemnes de la reunión de familia, los triunfos del confesor y del mártir de la antigua fe.

El alto cuerpo al que tengo el honor de pertenecer se anticipó a mis deseos y yo acepté agradecido, conociendo, sin embargo, que a la humildad de mis facultades debía agregarse el terrible obstáculo de mi pesar. Señores: el dolor no es elocuente, y yo estoy sintiendo uno de los más grandes dolores que han nublado mi espíritu, desde el instante en que he visto exhalar el último aliento al maestro sublime a quien amaba como a un padre, desde mi niñez.

Pero el esfuerzo del patriota dominará la debilidad del hombre y diré en alta voz lo que ya os habéis dicho en el secreto de vuestra conciencia, lo que el pueblo repite en sus tristes conversaciones, lo que la historia recoge ya de los labios de los hombres honrados de México.

¹ *Discurso en nombre de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos Mexicanos, en los funerales de don Ignacio Ramírez, que se verificaron en el salón de la Cámara de Diputados, el 18 de junio de 1879. La Libertad, México, 19 de junio, 1879- Ed. París, p. 343. Tomado de Ignacio Manuel Altamirano, Obras completas I. Discursos y brindis, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, pp. 287-295.*

Ignacio Manuel Altamirano

La pérdida que hoy sufre la república es irreparable; el hombre que acaba de morir no puede substituirse ni en las filas del gran partido nacional, ni en el campo de la ciencia, ni en el rol de los grandes patricios.

En este país sólo es lícito al extranjero, al niño o al ignorante preguntar de buena fe quién fue Ignacio Ramírez y cuáles fueron sus servicios a la patria. Al insensato blasfemo que aparentase ignorarlo, por odio o por despecho, habría que volverle la espalda con desdén, o que buscar en su frente la marca de condenación impresa por el juicio severo del grande hombre o por la victoria de los principios que defendió, acaudillando al pueblo.

A los primeros, hay que relatarles cuarenta años de nuestra vida pública, de nuestra marcha científica, de nuestra evolución moral. ¡Cuarenta años! Toda la historia moderna de México, una lucha de titanes, el trastorno de diez cataclismos.

La vida de Ignacio Ramírez se parece a nuestros volcanes; hunde su base en los abismos de la humillación popular y alza su cumbre hasta las alturas luminosas del triunfo.

Cuando Ramírez nació, cuando comenzó a pensar, cuando fue joven, el país aún estaba envuelto en las sombras de la vida colonial. La nación, después de haber ensayado un remedo de monarquía que comenzó en un motín y concluyó en un cadalso, había creído hacer un esfuerzo de sabiduría política adoptando aquella triste Constitución de 24 en la que un clero corrompido y una nobleza de mercaderes y de soldados realistas disfrazados con los arreos de la república, se habían reservado la mejor parte del poder; aquella Constitución que conservaba los fueros, que conservaba el monopolio comercial, que conservaba la superioridad de razas, que conservaba escrita, según la expresión brillante de Ramírez, con un tizón mal apagado de las hogueras inquisitoriales, la intolerancia de cultos, que conservaba, en fin, todos los vicios del fanatismo y todas las monstruosidades del atraso moral.

En la muerte de Ignacio Ramírez

Aún así, esas clases privilegiadas tuvieron miedo del sistema y se esforzaron en abolirlo, substituyéndolo con todos los absurdos del centralismo político, bajo diversas formas.

El joven estudiante, iniciado ya en los misterios de la ciencia y en las revelaciones de la historia, pudo medir con su mirada precozmente profunda todas las tendencias de esas clases dominadoras, fuertes, viciadas y audaces hasta la insolencia; pudo comprender los peligros del desgraciado pueblo y las dificultades inmensas con que tenía que luchar el espíritu liberal en un país que para prosperar necesitaba salir del estancamiento de la servidumbre.

Entonces, animado de esa fe que allana las montañas, fuerte con una conciencia de atleta, inspirado ya por la grandeza del genio, ese joven oscuro y pobre, en presencia de los enormes obstáculos que iban a cerrarle el camino y que habrían espantado a un luchador vulgar, se decidió a ser el apóstol de una era nueva, se alistó en silencio en el pequeño grupo de soldados de esa peligrosa cruzada de la libertad y consagró todo lo que tenía de talento, de fuerzas físicas, de intereses materiales, de porvenir y de existencia al triunfo de tan generosa causa.

Y de allí comienza la vida gloriosísima de labor, de perseverancia, de abnegación heroica, de sacrificios sin cuento, que hacen de Ignacio Ramírez el gran campeón, y el sublime mártir de la democracia mexicana.

El periodismo, la sociedad secreta, la tribuna del club, fueron los primeros campos en que combatió contra las tiranías seculares que pesaban sobre la nación.

Este hombre extraordinario dotado de todas las cualidades del espíritu, las ponía todas al servicio de su ideal: la democracia.

Conocedor como Aristóteles, como Galileo y como Humboldt de todas las ciencias en que había nutrido su espíritu en largos años de un estudio asombroso y capaz de consumir diez cerebros, él ponía a

Ignacio Manuel Altamirano

contribución todos sus conocimientos, todas las maravillas de una erudición sin igual en México, para ilustrar al pueblo... ¿Se sentía poeta, hervía su inspiración con el fuego sagrado de los dioses y adivinaba que podría arrancar a su lira los acentos que arrobaban a la antigua Grecia? Pues no entonaba lánguidas endechas amatorias, ni pesados himnos religiosos y arrojando la afeminada lira de Alceo, de Teócrito y de Tíbulo, él empuñaba la lira de robustas bordonas con que Tirteo animaba el combate a los hombres libres y la lira sagrada con que Lucrecio cantaba los sublimes misterios de la naturaleza.

¿Se sentía sabio, médico, o perspicaz jurisconsulto?

¿Podía con su gran talento aprovecharse de sus estudios para procurarse una rica clientela, o para adquirir en nuestro foro una fortuna patrocinando al capitalista y al usurero? ¡Oh! ¡Ese noble carácter tenía demasiada virtud y demasiada altivez para traficar con el talento! Él desdeñaba ese bienestar en pos del cual se atropellan otras; él abandonaba el título de médico y con él las vaguedades de la hipótesis para no aprovecharse, sino de las conquistas de la observación; y no fue jurisconsulto, sino para defender al desvalido y para inscribir como legislador los grandes principios del derecho moderno, los grandes principios de la libertad humana y para aplicarlos e interpretarlos como magistrado en la Suprema Corte, durante doce años de una judicatura luminosa, integérrima, gloriosísima como la reconoce la república y como lo asienta la historia.

¿Se sentía con un corazón varonil, templado para las grandes luchas en las que se tropieza a veces con el destierro, con el cadalso o con las cadenas de la prisión? Pues no vacilaba en aceptar esas luchas en favor de la libertad y de la humanidad, y su vida, ¡ay!, su vida entera es una serie no interrumpida de persecuciones, de confinamientos, de miseria, de prisiones. Nadie como él, en México, tiene la gloria de los largos sufrimientos; nadie como él, en esta patria en que los triunfadores de hoy son los proscritos de mañana, nadie, repito, cuenta con los timbres de una persecución tan obstinada; nadie como él puede dar cuenta de

En la muerte de Ignacio Ramírez

todos los tormentos, desde los grillos que le impuso el dictador Santa Anna, hasta la agonía en que lo mantuvo al pie del patíbulo el faccioso clerical Tomás Mejía; desde la incomunicación rigurosa en que lo puso la reacción de 1858 hasta la fiebre amarilla a que lo condenó el Imperio confinándolo a las mazmorras de Ulúa y al clima de Yucatán, y de la que se salvó por un favor de la suerte; y desde la detención arbitraria con que lo aseguró Comonfort, al dar su golpe de Estado, hasta la bartolina en que lo encerró, a pesar de su carácter de magistrado, el miedo de Lerdo de Tejada en 1876.

Y ¿por qué?, preguntarán; ¿por qué esa persecución tan encarnizada y tan constante? Conocéis la historia. Los enemigos de la libertad, martirizaban al apóstol del pueblo.

Los falsos amigos del pueblo, martirizaban al apóstol de la verdad.

Había en él, no el instinto de una oposición sistemática como dicen sus enemigos; había en él la fuerza del atleta para los adversarios de su causa, y el austero carácter de la virtud republicana para sus correligionarios. No es culpa suya el que los gobernantes liberales se hayan separado del camino recto que él seguía, y la opinión pública vino a hacerle justicia siempre y a sancionar sus fallos. La nación destronó al dictador que había querido aclimatar en México el despotismo del Asia, arrojó a Paredes, el monarquista descarado, castigó al traidor presidente que a pocos días de haber jurado la Constitución pretendió desgarrarla; la justicia popular ha pronunciado su fallo sobre el hombre eminente que manchó los últimos días de su vida con su ambición de poder, que trajo una guerra civil que sólo pudo apagar la tumba. El pueblo también negó su simpatía al gobernante que pudiendo practicar sinceramente las leyes, empleó todo su ingenio en desacreditarlas.

Así Ramírez ha sido el Daniel que a cada paso se ha aparecido al final de las orgías gubernativas para mostrar a los malos gobernantes el anuncio misterioso de su caída, anuncio que siempre se ha realizado. Profeta del destino, él ha podido augurar estos grandes sucesos históricos porque

Ignacio Manuel Altamirano

llevaba en su espíritu profundo y austero la sibila sublime de la libertad y del derecho.

Tales fueron las fuerzas y tales los sacrificios que empleó este hombre excelso en su vida de lucha laboriosa.

¿En qué consisten sus obras duraderas? Sus obras duraderas son sus escritos, sus escritos, que no son libros compaginados, que son algo más, que son la semilla difundida, instante por instante y fecunda siempre, en el espíritu de nuestro pueblo. Sirviéronle de vehículo, el periódico, el folleto, el manuscrito. No pueden mencionarse los periódicos que redactó, porque son muchos, tanto en esta ciudad como en los estados que han visto aparecer el propagandista errante como un nuevo doctor Cos, con su pequeña imprenta y con su admirable periódico, ora predicando la Reforma, ora levantando a los pueblos lejanos de Sonora para defender la independencia nacional.

Los que piden de un pensador, a toda costa, un libro compaginado, no reflexionan en que una propaganda diaria y sostenida es más eficaz que un libro; no reflexionan en que los fundadores de una época nueva, los grandes apóstoles de una idea no escriben jamás libros, no tienen tiempo, se ven obligados a mezclar la acción a la palabra. Pitágoras no escribió libros, Sócrates no escribió libros, Jesús no los escribió tampoco. Si Voltaire y los enciclopedistas pudieron formar un monumento con sus numerosas obras, fue porque estaban protegidos por el elemento oficial y por la opinión preparada. Si Descartes, si Bacon, si Kant, han podido legarnos sus sistemas en libros metódicos ha sido porque alcanzaron tiempos de paz o las convulsiones de la revolución no los arrastraron en su corriente vertiginosa; si Víctor Hugo ha podido escribir los suyos, débelo a la hospitalidad protectora de Inglaterra y a la situación ventajosa de su país. Pero Ignacio Ramírez en México, perseguido cuando joven, conspirando o huyendo, iniciando sus grandes ideas en la tribuna, o realizándolas en los ministerios de Estado, no ha tenido tiempo ni facilidades para preparar obras metódicas; ha

En la muerte de Ignacio Ramírez

sido como los revolucionarios franceses de 1789, periodista, legislador y tribuno, hombre de acción y combatiente.

Sus obras duraderas son, además, sus hechos. La apertura de un instituto literario para los jóvenes de raza indígena en Toluca, pensamiento que realizó con Olaguíbel en 1848; la exclaustración de los frailes y de las monjas, que llevó a cabo, como ejecutor de la ley de Reforma de Veracruz y como autor de su complementaria en 1862 siendo diputado; el sistema de enseñanza sobre una base moderna, sistema que está vigente; las bases de la construcción del ferrocarril de Veracruz; la abolición del internado en las escuelas, la iniciativa de todos los grandes pensamientos de mejora material que se han realizado en México, su enseñanza filosófica y su crítica literaria siempre elevada y fecunda. Su paso por el ministerio de Justicia y de Fomento, aunque de pocos días, ha sido señalado por instituciones prácticas y durables.

Su trabajo en la guerra de Reforma ha sido un trabajo de preparación; su pensamiento se realizó por otros, pero la iniciativa siempre es suya. Él fue uno de los cíclopes que forjaron los rayos que después lanzó a la vieja sociedad el gobierno de la república.

Sus obras duraderas son sus virtudes sociales y sus virtudes privadas. Las virtudes son también una obra. Hay vicios, hay males que no puede curar más que el ejemplo, dice el famoso canciller L'Hospital. Ahora bien: la honradez de Ramírez es proverbial. Mientras que otros menos ameritados que él, improvisaban grandes fortunas a la sombra de los puestos públicos, Ramírez, por cuyas manos, como por las manos de Prieto, habían pasado los millones de los bienes nacionalizados, bajó pobrísimo del ministerio en 61 y ha muerto en la miseria.

Éstas son sus obras. Yo pregunto, ¿hay alguno de esos libros vulgares de que se envanecen nulidades orgullosas que pueda compararse a la obra compleja y admirable que dejó Ramírez como contingente en la civilización de su país? ¿No es verdad que es absurdo pedir un libro al que trató magistralmente todas las cuestiones políticas y científicas, y

Ignacio Manuel Altamirano

ejecutó tantas grandes cosas? Ramírez habló de los habitantes primitivos de América antes que Eves Nilson publicase su obra sobre los habitantes primitivos de la Escandinavia, en que viene a dar razón a las teorías que había publicado el antropologista mexicano; impulsó los estudios sobre la geología, la geografía y la lingüística de México, enseñó él primero los métodos de la filosofía alemana, hizo conocer a Hegel, Molleschot y a Spencer, abrió nuevos caminos a la literatura y no descansó hasta no conseguir que las conquistas de la civilización se redujesen a preceptos en nuestro código político.

Son éstos, trabajos de Hércules que sólo pueden desconocer la malignidad, la ignorancia o una pasión miserable y vil, la envidia, la envidia que fiel a su carácter silbó siempre a los pies de este coloso del pensamiento.

Porque este titán vencedor amontonó para combatir a los viejos dioses y arrancarlos del trono todas las montañas de la filosofía, de la elocuencia, de la poesía, de la sátira, del sarcasmo, de la burla, de la revolución, y sintió naturalmente estrellarse sobre su cabeza invulnerable los rayos que esgrimieran las coléricas potestades amenazadas.

Ya se sabe: no se combate, ni menos se vence a esta hidra del fanatismo religioso y a esta hidra de la tiranía política impunemente en ningún país. El clero tiene sus fuerzas, sus elementos de lucha, todos esos monstruos que él se complace en encerrar en su infierno legendario, tal vez como un arsenal del que servirse en los casos de guerra: la difamación, la calumnia, la injuria grosera, la insinuación pérfida, la alevosía, el asesinato. El fanatismo tiene calumniadores de oficio, tiene acusadores revestidos con los falsos arreos de la virtud; sus asesinos hieren sacando el puñal de la manga del hábito como Jacobo Clemente. Y éstos encuentran apologistas como Mariana, como Busembaun, como Malagrida.

En la muerte de Ignacio Ramírez

El odio político tiene también su trailla de canes rabiosos, su saco de víboras que lanza sobre los defensores de la verdad. ¿Lo creeréis, señores? El odio político es tan vil a veces, es tan miserable, que no perdona ni la tumba. Hoy mismo, insepulto aún el cadáver de este hombre virtuoso, se atreve a insultarlo; el insecto inmundo comienza a roer el cadáver; la nulidad del maldiciente de la gacetilla pretende manchar la alta reputación del hombre de Estado; aquel a quien nada debe el pueblo, ultraja a su apóstol cuando yace tendido en el féretro e interrumpe con su chillido despreciable el lamento general.

Ya esperaba yo y en verdad que sólo esto faltaba para la gloria de Ignacio Ramírez. En la carrera triunfal de los vencedores romanos mostrábase detrás del carro glorioso e interrumpiendo con su grito venal las aclamaciones generales el insultador público pagado por los magistrados. Esta vez se ha levantado junto al túmulo que bendice y respeta el pueblo honrado de México el insultador impotente a quien arroja tal vez una moneda un partido vencido y despechado. ¡Vergüenza debía tener ese partido de haber sido sus jefes los últimos verdugos de un hombre de la Reforma!

Quiero todavía creer que no ha sido más que un grupo insignificante de ese partido el que inspiró y consintió una vileza semejante cometida contra un hombre que antes que todo fue liberal.

Pero así está mejor. Así se desencadenan en derredor de Ramírez muerto, como se desencadenaron cuando vivo, todos los cataclismos de la fama. El odio con su color de lava; la envidia con el vapor de las solfataras, la cólera, las excomuniones, la calumnia con su hálito infecto. En cambio la admiración coloca a sus plantas la nube de la apoteosis y la república entera tiende sobre su sepulcro el arco iris de la simpatía popular.

Ignacio Ramírez, hombre inmortal, tú, más grande que aquel mito de Prometeo a quien Esquilo nos presenta, al hundirse bajo el Cáucaso,

Ignacio Manuel Altamirano

invocando aterrado a la naturaleza, has descendido a ella sin temores, ni esperanza, como un hombre de bien y como un sabio.

Tu tarea de obrero está concluida, tu tarea de pensador continúa llevada a cabo por tus compatriotas, por tus correligionarios. Duermes tranquilo el sueño de la gloria bajo el cielo de esta patria a la que consagraste tu vida, protegido por el pueblo que ha inscrito tu nombre en su gran corazón.